

frialidad y en Venecia una manifestación fascista interrumpió violentamente la Marsellesa con gritos de «¡Viva Italia!» «¡Abajo Francia!»... y mariscal y embajador franceses tuvieron que poner abajo su solemnidad y sus gestos heroicos,—y pies ¿para qué os quiero?, buscar refugio en el Campanile. Después de esto, idas y venidas diplomáticas de París a Roma para atenuar la penosa impresión producida por esos malos patriotas.

En el cementerio de Soupir, se alza el monumento conmemorativo a los soldados italianos caídos en suelo francés. Es muy sencillo. La sencillez es el santo y seña que se han dado los escultores. Tiene un «Patria mía» en alguna parte, una cruz y tres rostros arreglados conforme lo inspirara el chauvinismo del artista.

Es indudable que las sociedades actuales ofrecen campo muy propicio para que germine y se extienda rápida esta invención francesa. En primer término, las mujeres en cuyo organismo enreda y se embrolla con facilidad toda idea romanesca: Magdalena Marx, joven escritora francesa de renombre en París, estimada en mucho por Anatole France, dice en alguna parte dirigiéndose a las mujeres que «algunas veces es muy fácil hacer llorar. La piedad explora hábilmente con sus manos, santifica todo lo que toca, pero tiene los ojos cerrados. Es a menudo, a su pesar, egoísta, paradójica, desordenada. Es individualista y no alcanza a los desconocidos. ¿Cuántas madres a a quienes la guerra ha matado el hijo, se han arrancado de la intimidad de su duelo? La actitud de las mujeres durante la guerra ha puesto de manifiesto la falta de inteligencia en su dolor». Y con las mujeres, los hombres de alma afeminada y los inconscientes, y los que comprenden la mentira que encierran tumbas y cenotafios al Soldado Desconocido, pero que no quieren pasar por gentes de malos sentimientos y como los cortesanos de aquel cuento del conde de Lucanor «El traje invisible», fingen ver nobleza y heroísmo en donde no hay nada. Pero no, que en este caso sí que hay, y algo más que el aire o la desnudez de un pobre rey y lo que hay es crimen y mentira.

Un geniecillo malicioso deslizó un día en mi cabeza esta idea que bien puede ser una tontera: ¡Oh! ¿cómo sería si los desenterradores de los gloriosos cadáveres acertaran a elegir el de uno de aquellos a quienes sus jefes hicieron fusilar por cierta desobediencia más o menos ligera, sin tomar en cuenta todo el dolor sufrido hasta entonces, acción que hiciera a algún compañero de la víctima colocar sobre el montón de tierra que cubría sus despojos esta irónica leyenda: «La Patria agradecida!»

Yo exhorto a todos los que experimenten la proclividad a conmoverse con la faramalla que se hace en torno del *Soldado Desconocido*, a leer «El Fuego» de Barbusse. Ojalá también pudieran informarse sobre las ganancias fabulosas obtenidas durante la guerra por la mayor parte de los capitalistas de los países beligerantes y si es posible compararlas con las de antes de la guerra y se den cuenta de la enorme diferencia en favor de aquellos; ilústrense sobre los capitales hechos a la sombra de la guerra y de cómo la expresión «Nouveau riche» es hoy más que nunca en Francia un insulto para las gentes honradas.

Son los nombres de estos nuevos ricos y de los que han aumentado su capital en tiempo de la guerra, los que muy a menudo se leen al pie de mensajes en que se habla del Soldado Desconocido en frases que hacen llorar a las mujeres y agitar la cabeza con aire conmovido a los hombres afeminados o hipócritas.

Es, pues, el agradecimiento de todos los que han salido gananciosos, quizá una pizca de remordimiento que desean acallar y la hipocresía de los pueblos, su malicia, su inconsciencia, quienes en realidad han erigido monumentos, desenterrado los huesos de sus víctimas y socavado tumbas bajo Arcos de Triunfo o en recintos en donde hay reyes enterrados.

Y resulta tragicómico en esas grandes urbes, después de haber edificado los ojos ante el montón de coronas enviadas por diplomáticos, capitalistas, militares y tontos, coronas con cintas llenas de inscripciones doradas en loanza de la sangre derramada y del dolor ignorado, encontrar soldados mutilados, con el pecho constelado de medallas y cruces, pidiendo limosna; o leer en algún periódico socialista, del trato poco digno de tributarse a héroes que reciben en los asilos, los miles de tuberculosos que adquirieron la enfermedad en las trincheras.

(Envío de la Aurora).

La estimación extranjera

ESCUELA NORMAL
J. ABELARDO NUÑEZ

DIRECCIÓN:
SANTIAGO DE CHILE

Santiago, 15 de Nov., 1921.

Sr. D. Luis Felipe González

Heredia.

Muy distinguido señor:

TENGO el honor de acusarle recibo de su gran obra «Historia de la Influencia Extranjera en el desenvolvimiento Educativo y Científico de Costa Rica», que ha tenido Ud. la gentileza de enviarme. Me parece su obra de extraordinaria importancia, tanto por la vasta erudición que Ud. ha atesorado en ella, como por la demostración palpable de los esfuerzos de Costa Rica por constituir su democracia en la difusión de la mejor educación pública.

Su libro es un poema a su patria. Es conmovedor ese afán ilimitado de Costa Rica por beber en todas las fuentes de inspiración cultural, por dar a la niñez y a la juventud la más perfecta orientación para su vida íntima y social. En Chile, no tenemos un libro parecido al suyo. En realidad, para hacerlo, se requiere ser un erudito, un pedagogo, un sociólogo y un hábil y elegante expositor, condiciones muy armoniosamente unidas en usted.

Le ruego, señor, aceptar, con mis

agradecimientos, mis felicitaciones por el éxito con que ha terminado una obra que debe enorgullecer a la literatura costarricense, y la distinguida consideración con que me suscribo de Ud. su muy sincero admirador,

M. SALAS MARCHÁN.

«Luis Felipe González. — Historia de la Influencia Extranjera en el desenvolvimiento Educativo y Científico de Costa Rica. — 1921».

Es un libro juicioso y erudito, que cumple con fidelidad lo que su título anuncia.

Para los colombianos es particularmente interesante el Capítulo V de la «Segunda Parte», donde se estudia la influencia que en el pensamiento costarricense tuvieron compatriotas nuestros, como Miguel Macaya, José D. Obaldía, Bernardo Uribe, Sara Cifuentes, Presbo. Francisco Castañeda, Francisco Urdaneta, José y Mario Valenzuela y otros.

Asimismo, está señalada allí la influencia colombiana por medio de sus revistas y sus libros.

Tema es el libro de los más atractivos, que debería tentar el criterio y la erudición de algún compatriota nuestro para hacer igual estudio respecto a extrañas intervenciones en nuestra formación intelectual.

(De la revista *Colombia*. Medellín, noviembre 16 de 1921).